

## VIEBNES DESPUES DE CENIZA.

SOBRE EL PERDON DE LAS INJURIAS.

DIVISION.—I. *Injusticia de nuestros rencores.*—II. *Falsedad de nuestras reconciliaciones.*

Primera parte. *Injusticia de nuestros rencores.* Los tres mas comunes principios de las amistades humanas son el gusto, el antojo y la vanidad. La religion y la caridad no unen á casi nadie, y así aborrecemos á los hombres.

1. Cuando nos disgustan. Pero es injusto este ódio, porque por no ser un hombre de vuestro gusto no deja de ser vuestro hermano, hijo de Dios, miembro de Jesucristo, etc. Su génio no puede borrar ninguno de estos augustos títulos. Si no tuviéramos obligacion de amar mas que aquellos que nos gustan y á quienes tenemos inclinacion, era inútil el que Jesucristo nos mandase amar á nuestros prójimos, porque para eso no necesitaba nuestro corazon de precepto. Por otra parte, un cristiano no debe gobernarse por gusto y por inclinacion, sino por los principios de la razon, de la fe, de la religion y de la gracia. Aun en

el mundo se tiene por flaqueza el regular nuestro amor y nuestro ódio solamente por el antojo de nuestro gusto. El Evangelio, que quiere que sacrifiquemos á la santidad de la fe y á lo sublime de sus reglas no solamente nuestros antojos, sino tambien nuestras mas legítimas inclinaciones, ¿había de ser mas indulgente en este punto? Además, ¿os parece que vosotros gustais á todo el mundo? Y con todo eso, ¿no quereis que os disimulen las molestias de vuestro génio, atendiendo á la bondad de vuestro corazon? La causa de esa aversion que teneis á vuestro prójimo, ¿no proviene mas de vosotros mismos, quiero decir, de vuestra soberbia y de la oposicion de vuestro génio, que del suyo propio? ¿no consiste todo su delito para con vosotros en su talento, en su estimacion y en su fortuna? Finalmente, el Evangelio no os manda que gusteis de vuestro prójimo, sino que le ameis, esto es, que le sufrais, que le disimuleis, que oculteis sus defectos, que le sirvais; en una palabra, que hagais por él lo que quisiérais que él hiciera por vosotros, porque la caridad no consiste en un gusto ciego y antojadizo, sino que es una obligacion justa, discreta y racional.

2. Aborrecemos á los hombres cuando son contrarios á nuestros intereses y cuando buscan medios de ofendernos: digo, pues, que nuestro aborrecimiento contra estas personas es injusto, porque en primer lugar, cuando aborreceis á vuestro prójimo añadís á todos los males que de él habeis recibido, el de aborrecerle, que es el mayor de todos. Nunca habrá conseguido con todos los males que os haya hecho, mas que quitaros unos bienes frívolos y poco durables; pero si le aborreceis, perdeis vuestra alma y os privais para siempre del derecho que teneis al reino inmortal; mas ¿qué utilidad sacais de aborrecer á vuestro prójimo? ¿os restituye por eso los bienes que os ha quitado? Si quereis

consolaros con aborrecerle, es un modo muy bárbaro de consolarse: además de esto, si sois verdaderos cristianos, si tenéis fe, en vez de aborrecer á aquellos de quien se vale Dios para trastornar vuestras esperanzas y proyectos de fortuna, debéis mirarlos como instrumentos de las misericordias de Dios para con vuestra alma, que se vale de su perversa voluntad para salvaros, poniendo obstáculos á vuestras desgraciadas pasiones, y debéis pedir á Dios que los inspire un verdadero arrepentimiento y que no permita que se pierdan para siempre los que tanto han contribuido á vuestra eterna salud.

3. Aborrecemos á los hombres cuando ofenden á nuestra vanidad, desacreditándonos con murmuraciones y calumnias; pero este ódio es injusto, porque es injusticia el querer que aprueben todo lo que hacemos y que no vean los demás las flaquezas y defectos que nosotros conocemos en nuestro interior. Además de que no debemos creer todo lo que nos cuentan de nuestro prójimo, porque sabemos por experiencia que muchas veces nos aumentan unas cosas de poca importancia y que emponzoñan las mas inocentes conversaciones; pero demos caso que sean indubitables los hechos de que os quejais; ¿no tiene vuestro prójimo las mismas quejas contra vosotros? ¿habeis usado de caridad ni de indulgencia con sus defectos? Luego no es bien fundada vuestra queja. Pero supongamos que no tenéis cosa alguna que os arguya por parte de la moderacion que debéis usar con vuestro prójimo; ¿qué sacais de aborrecerle? Con eso no borrais las siniestras impresiones que pueden haber hecho sus dichos en el espíritu de los demás hombres, y haceis una nueva herida en vuestro corazón. Pero atended á una razon aun mas poderosa que todas las que se han dicho hasta ahora; el amor propio bastaria para

hacernos amar á los que nos aman y alaban; pero la religion pasa mas adelante; quiere que amemos á los que nos aborrecen y ofenden; este es el precio que señala Dios á sus misericordias para con nosotros, declarándonos que no debemos esperar perdón si no perdonamos á nuestros prójimos. Acaso me direis que en este punto convenís con las máximas de la religion, pero que es necesario atender á las leyes del honor, que cuentan por afrenta en un hombre el perdonar cierta especie de palabras y procedimientos injuriosos; pero 1.º, el príncipe ha declarado infames aquellas venganzas en que fundaba el público un falso honor; 2.º, una abominable máxima consagrada únicamente por la barbarie de las primeras costumbres de nuestros mayores, y derivada hasta nosotros por esta misma barbarie, no debe ser tenida en mas que todas las reglas del cristianismo y las mas inviolables leyes del Estado. Nadie puede padecer afrenta por obedecer á Dios y á su príncipe.

Segunda parte. *Falsedad de nuestras reconciliaciones.* Nuestras reconciliaciones son falsas, ya se consideren en su principio, ya se examinen en sus medios ó en sus efectos.

1. Son falsas en su principio: una reconciliacion sincera debe nacer de la caridad; pero la raiz de nuestras reconciliaciones son unos motivos puramente humanos; nos reconciliamos por ceder á las instancias de nuestros amigos; por evitar algun ruido desagradable, por condescender con alguno, por adquirir fama de moderacion y de grandeza de ánimo, etc.; pero en estas reconciliaciones no hay motivo alguno que no sea humano, y la prueba de que no tiene parte en ellas la caridad, es que unos pecadores en quienes no se advierte señal alguna de piedad, se reconcilian, no obstante, todos los dias con sus prójimos. ¿Pues cómo

es posible que los que no saben vencerse en las mas fáciles obligaciones de la vida cristiana, hayan de parecer héroes en el cumplimiento de esta, que es la mas difícil de todas?

2. Son falsas en sus medios: ha sido necesaria toda la industria y habilidad de vuestros amigos para reconciliarnos con vuestro prójimo, ¿Pues hubiera habido necesidad de todos estos arbitrios, se hubieran necesitado tantos medianeros si no aborreciérais aún á vuestro prójimo, y si le amárais sinceramente? Antes de reconciliarnos sacásteis mil condiciones, no quisísteis adelantaros mas que hasta cierto punto; pero la caridad no conoce estas medidas, no conoce mas que una regla, y es olvidar la injuria y amar al prójimo como á sí mismo. Es verdad que muchas veces dicta la prudencia que se tomen algunas medidas antes de reconciliarse públicamente; pero éstas las debe regular la caridad y no la vanidad: las reconciliaciones en que entran tantas precauciones y misterios, juntan las personas, pero no unen los afectos. Jesucristo nos dice simplemente: Vé á reconciliarte con tu hermano, y quiere que solamente la caridad se mezcle en esta reconciliacion.

3. Por eso son vanos los efectos de nuestras reconciliaciones. Decís que habeis perdonado á vuestro prójimo, pero que estais determinado á no verle mas; luego no le habeis perdonado ni le amais, porque nadie teme el ver lo que ama: ¿quisiérais que Dios os amase con la condicion de que nunca os habia de ver? La señal mas evidente de nuestro aborrecimiento á alguna persona, es el no poder sufrir su presencia.

Bien está, decís; le veré, no faltará con él á la correspondencia, pero en lo demás bien sé cómo me he de portar con él, y no debe contar mucho con mi amistad. Pero si pensais que esto es perdonar á vuestro prójimo y amarle,

os engañais; la caridad que os manda el Evangelio está en el corazon; no consiste ésta en una simple correspondencia y en una vana exterioridad; es un amor efectivo, porque los hombres no están unidos entre sí solamente con unos lazos exteriores, sino con los íntimos y sagrados lazos de la fe, de la esperanza y de la caridad; y así, consultad al público en orden á vuestras reconciliaciones; no obstante las apariencias que guardais con vuestro prójimo, es opinion comun en el mundo que no le amais. de lo que se infiere que el público os conoce mejor que vosotros á vosotros mismos.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS

Division—I. Disposicion que debe guardar el alma para recibir la palabra de Dios.—II. Con que espíritu debe recibirla.

Primera parte. Tres disposiciones que deben concurrir al tiempo para recibir la palabra de Dios.

Primera disposicion. El alma debe estar libre de los cuidados de la vida presente, y de los afectos de la carne, para que pueda atender con pureza y firmeza á la palabra de Dios. La caridad que os manda el Evangelio está en el corazon; no consiste ésta en una simple correspondencia y en una vana exterioridad; es un amor efectivo, porque los hombres no están unidos entre sí solamente con unos lazos exteriores, sino con los íntimos y sagrados lazos de la fe, de la esperanza y de la caridad; y así, consultad al público en orden á vuestras reconciliaciones; no obstante las apariencias que guardais con vuestro prójimo, es opinion comun en el mundo que no le amais. de lo que se infiere que el público os conoce mejor que vosotros á vosotros mismos.